

sujeto de la historia: la transformación por el hombre de su medio natural y social.

Otro comentario crítico es en relación al proyecto de estudio que supone la definición tan ambiciosa que hace la autora de la "modernización". Al desarrollar los diversos aspectos de la situación regional se privilegia a las claras el aspecto económico. La cuestión cultural es abordada de manera tangencial y no sistemática. Por tanto queda por desarrollar esa parte de la "modernización" que afecta las costumbres, la familia, la ideología y la política locales. En sí mismo el concepto de "modernización" es ambiguo y poco preciso. Así, el hilo conductor de la obra se pierde en la multiplicidad de aspectos que debería contener el texto y se diluye el problema central.

Todos los estudios regionales tienen el riesgo de caer en prejuicios regionalistas. El rechazo a personas y grupos procedentes del extranjero o de otras zonas es fuente permanente de conflictos políticos y discriminación. Por el carácter

de su trabajo el historiador se ve en la necesidad de empaparse en el ambiente social y cultural que pretende investigar. Debe considerar ese tipo de prejuicios pero adoptando una posición crítica frente a ellos: tiene la obligación de explicarlos sin asumirlos. Jane-Dale Lloyd llega a contaminarse de la xenofobia regional en varios momentos. Por ejemplo: coloca en el mismo plano a los capitalistas norteamericanos que invirtieron en minas y tierras en la región y a la colonia de los mormones. Es indudable que unos y otros vinieron a desplazar a los habitantes originarios de la explotación de recursos naturales, pero no de la misma manera. El lector se queda con la duda sobre el tipo de organización económica, política o religiosa que permitió a esa colonia incorporarse a la "modernización" de manera más eficiente que el resto de los habitantes de Chihuahua.

Así, se parte de un juicio implícito de que sólo importa estudiar a los actores políticos oriundos del lugar y se adopta una actitud

regionalista frente a los mormones y los peones procedentes de otras partes del país (que tampoco merecen un análisis a fondo). Se concluye muy rápidamente que los rancheros y medieros constituyen el grupo social políticamente dirigente, sin que se haga un seguimiento de cómo vivieron y sufrieron el proceso modernizador.

Finalmente hay que decir que, a pesar de sus limitaciones, lo definitivamente rescatable del libro es el enfoque metodológico, que resulta sugerente para estudios en otras regiones. El enfoque regional presenta dificultades particulares: requiere una definición clara de la problemática a estudiar, que ayuda a delinear los límites de la región; requiere de un seguimiento sistemático de los actores sociales envueltos en la trama, y al mismo tiempo, no pueden desbarajazarse de las minucias de las historias locales, ni del contexto nacional o mundial. En términos generales el libro de Jane-Dale Lloyd se ubica en una perspectiva adecuada, sólo le faltan páginas.

El "otro" histórico

Esteban Sánchez de Tagle

Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI eds., 1987, 277 pp.

El reconocimiento del "otro" (a la manera de los etnólogos frente a los pueblos llamados primitivos) es indudablemente una nueva posición asumida por la más re-

ciente historiografía. La aceptación de la otredad del sujeto histórico ha sido últimamente consideración deliberada de los historiadores de la cultura. Si no, qué otra cosa hace Darton cuando levanta a la abatida Caperucita del diván de los psicoanalistas, cuando la deja hablarnos del mundo que la imaginó en la libertad de

su "contexto". O Le Goff con el usurero, a quien respeta hasta creerle sus miedos, sus obsesiones. Y tantos otros cuyos temas y métodos nos maravillan siempre menos que sus acercamientos al "otro" histórico.

Así las cosas, irrumpe Tzvetan Todorov con un ensayo de difícil ubicación: "La conquista de Amé-

rica. La cuestión del otro”. Difícil de ubicar, porque no obstante el título, no se trata de un trabajo de metodología. Estrictamente, ni siquiera tiene el propósito de ser un libro de historia. Se trata, el autor nos previene, de una historia ejemplar. Si alude a la conquista de América es para mostrarnos lo que no se debe hacer: la negación del “otro”.

Al proponer como ejemplar la zaga de la Conquista (de hecho contempla también al Descubrimiento) hace uso de un nada desdeñable conocimiento de sus cronistas. Lingüista de profesión, propone al lenguaje como instrumento cuyas limitaciones explican el fracaso de los indígenas frente al embate de la cultura occidental. El lenguaje —nos dice Todorov— en tanto que técnica de comunicación es susceptible de comparación, justamente en su mayor o menor capacidad de comunicar. De esa manera, nuestro autor se sirve del lenguaje para contrastar las dos culturas que se encuentran, para ponderar sus diferencias y hasta para ubicarlas en

un orden jerárquico. En efecto, la comunicación, la eficacia del lenguaje, es progresiva y acompaña al desarrollo de la sociedad. Por ende, a una mejor comunicación corresponde una sociedad en una etapa posterior de desarrollo. Si en algunos aspectos las culturas en cuestión estaban en estadios equivalentes de desarrollo, en términos del lenguaje los europeos llevaban la ventaja. Esta ventaja fue la decisiva.

El ensayo, riguroso, organizado y documentado aporta una explicación singular a la inquietante pregunta, sin resolución cabal, de cómo resultó posible que una partida de aventureros derrotara a un imperio. Con seriedad y conocimiento sopesa los esfuerzos de comunicación de Colón, Moctezuma, Cortés y de varios de los más sobresalientes cronistas, para explicar la destrucción de la cultura prehispánica como un fracaso de comunicación.

Este esfuerzo científico tiene un explícito propósito ético: avisar. Tenemos que, por ello, sufrir viendo a Las Casas o a Sahagún

en el banquillo de los acusados e incapaces de defenderse: no aceptaron plenamente al “otro” americano y terminaron negándolo. Paradójicamente, un libro que quiere prevenirnos del peligro del desconocimiento del “otro”, no toma en cuenta al sujeto histórico de su propio ejemplo. En todo el tiempo de la lectura, quisiéramos poder decirle al autor que la otredad, su percepción, es también histórica y que Las Casas no pudo ser etnólogo.

Y sin embargo se nos dijo desde el principio que se trataría de una historia ejemplar. Una historia concebida para prevenir y que, como tal, tiene una tradición en nuestra cultura tan antigua como el quehacer histórico mismo. De cualquier forma, si lo admitimos será a regañadientes y sólo después de un intenso esfuerzo reflexivo. Esta es la mejor carta del autor: haber escrito un libro que obliga a la reflexión y que aporta —como sedante al enojo del lector— una visión sugerente, novedosa, de la crónica de la Conquista.

La vía nacionalista

Esther Acevedo

Daniel Schavelzon, *La polémica del arte nacional, 1850-1910*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

El tema del nacionalismo en el arte mexicano requiere de la consideración de ciertos límites; ser nacional, ser mexicano ha estado

señalado en distintos momentos por las definiciones propuestas y buscadas por cada uno de los sectores. Y en más de una ocasión, a la cultura se la ha entendido como una autoafirmación que contribuye a vertebrar un proceso de cohesión en todas las clases. El tema del nacionalismo, aun en el terreno de la interpretación y el co-

mentario histórico, parece caer en la cárcel del dogma. De aquí la importancia de destacar la especificidad de cada contexto.

Lucas Alamán, uno de los escritores más consistentes entre los conservadores, propuso que el país que emergía de la lucha independiente era producto de los principios inculcados en la Colo-